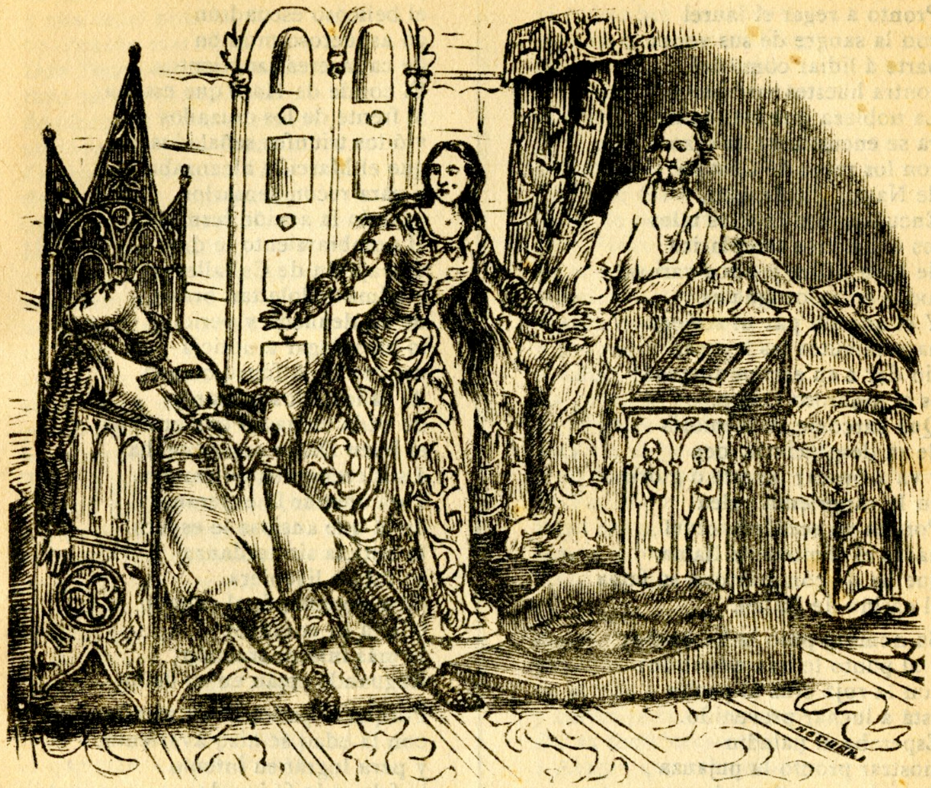
103



LOS AMANTES DE TERUEL

Nueva relación histórica y compendiada

de los amores y trágico suceso de dichos amantes

Don Diego de Marcilla y Doña Isabel de Segura

SEGUNDA PARTE

En un soberbio alazano
que el huracán desafía,
cabalga con bizarría
un guerrero castellano.
No se detiene un momento
en su impetuosa carrera
que el caballero quisiera
volar con el pensamiento.
A Castilla se encamina
donde una hueste aguerrida

por el rey mismo escogida
está á formarse vecina.
Pronto á regar el laurel
con la sangre de sus venas
parte á lidiar como fiel
contra huestes sarracenas.
La nobleza que más brilla
ya se encuentra á la sazón
con los reyes de Castilla,
de Navarra y Aragón.
Encuéntranse con los tales
los caballeros templarios
de Montpeller y otros varios,
todos en valor iguales.
Y el que sin paz ni sosiego
hace minutos las leguas,
sin dar á su escape treguas:
es el amoroso Diego.
Que carcome su memoria
de su desgracia la idea
y va á buscar muerte ó gloria
en la sangrienta pelea.
Porque un recuerdo cruel
hacia el combate le llama,
que ha de comprar con su fama
el cariño de Isabel.

Su nombre paso le ha hecho;
y al punto le han admitido:
con la roja cruz al pecho
está á luchar prevenido.
Esperaba el paladín
mostrar pronto la pujanza
de su brazo y de su lanza;
cuando el guerrero clarín
rasgando los aires vanos;
retumba en los hondos senos
llamando á todos los buenos
á luchar como cristianos.
El pecho de Diego late
y se arroja denodado
donde más encarnizado
espera hallar el combate.
Y en los peligros se place
y sin temer mil aceros,
abre, atraviesa y deshace
una nube de guerreros.
Si alguna vez la fortuna
en su inconstante tarea,
lo mejor en la pelea
concede á la media luna;
de su valor hace alarde,
renueva el vigor perdido
y deja roto y vencido
al cerraceno cobarde,
y convierten sus valientes
el belicoso escuadrón
en asqueroso montón
de cadáveres sangrientos.
El conde de Haro que estaba
al frente de los cruzados
vió los triunfos señalados
que el Marcilla alcanzaba;
y para recompensarlos
cuando la acción terminó,
el nombramiento le dió
de capitán de Caballeros;
y admirándole tan bravo,
de tal denuedo y pericia,
lo hizo llegar á noticia
del rey D. Alfonso octavo.
Al salir de los horrores
de cada lucha en que entraba,
el buen Diego se entregaba
á sus recuerdos de amores.
Para alentar la esperanza
de la que ansiosa le espera
la noticia sin tardanza
su futura lisonjera.
¡Mas en cuán fatal engaño
confía su corazón!
la más infame traición
fraguando están en su daño.

Porque el padre de su amada
con la edad se hizo avariento,
y para lograr su intento
le falta á la fé jurada.
Las cartas del buen amante
llegan todas á Teruel;
mas el padre de Isabel
las intercepta al instante;
porque ha formado el concierto,
aunque en el alma se aflija,
su buena y cándida hija,
de dar á Diego por muerto.
Así lo hizo en efecto
en su ambiciosa impiedad
para lograr su proyecto
con toda felicidad.
En tanto pasaban días...
Isabel, muy afligida,
se encontraba sumergida
en negras melancolías.
Ya había pasado un año
y ella en lágrimas deshecha
no se atreve á la sospecha
de que en Diego quepa engaño,
pero tal incertidumbre
en duda su amor atiza,
y una cruel pesadumbre
su corazón martiriza.
Don Pedro con entereza
tuvo un día el ardimiento
de ofrecerle en casamiento
un joven de gran riqueza;
diciéndole que el callar
de su amante, suponía,
que muerto en la guerra habría.
Mas ella sin vacilar,
contestó: «Padre y señor,
si muerto á Diego creis
no hallo justo que aumenteis
mi dolor con más dolor;
tal vez en prisión cruel
sufre solo y desvalido,
por el amor que ha tenido
á su querida Isabel!
Tal vez ¡ay Dios! haya muerto
por mí! por mí... desdichada
y quereis que preparada
al importuno concierto
de mis bodas esté yo?
yo he de hacer tan fea acción?
pensáis que mi corazón
es de bronce, padre? no!
Cinco años de plazo tiene,
en memoria lo tened,
si en cinco años no viene
lo que más os guste haced.
Entonces yo rogaré
por el de Marcilla á Dios;
por complaceros á vos
entonces me casaré.
Pretende Azagra mi mano,
á Azagra me proponeis,
que le aprecio ya sabeis
como á noble castellano.
Si ¡ay Dios! si la muerte airada
me roba mi bien querido,
triste de mí? resignada,
lo aceptaré por marido.
Mas si amante, señor,
vuelve y su amor me consagra,
tened piedad de mi amor
y no me hableis más de Azagra.»

Don Pedro vió su aflicción
y se retiró al momento
aguardando otra ocasión
de poder lograr su intento.
Entre tanto el pobre amante
por Isabel peleaba,
por Isabel alcanzaba
el renombre de valiente.
Ay! de qué te sirve Diego,
tu valor y tu honradez
si tu obra destruye luego
la ambición de la vejez?
Si el premio de tus arrojos
participas á Isabel,
que vale si un padre cruel
lo ha de ocultar á sus ojos?
Don Pedro continuaba
en su ambiciosa manía;
cuantas cartas escribía
Diego, las ocultaba,
y proponía de nuevo
á Isabel el casamiento.
La joven se resistió
su juramento alegando,
mas iba el tiempo pasando
y en fin el plazo llegó.
D. Pedro que ya tomadas
tiene sus medidas todas,
hizo celebrar las bodas
tanto tiempo deseadas.

De alegre música al son
Isabel llegó al altar,
envuelto su corazón
en el luto y el pesar;
y contristada y llorosa
dió su temblorosa mano
á Azagra que muy ufano
la recibió por esposa.
Con tan plausible ocasión
dió Azagra un baile suntuoso
dó asistió lo más gracioso
y más noble de Aragón.
Pero llegado el momento
de despedir á la gente,
Isabel humildemente
y casi falta de aliento
le dice al marido así:
«Ya mi mano os entregué,
seros fiel os prometí,
y hasta morir lo seré:
mas os ruego que por hoy
vuestros goces suspendais,
Azagra, si es que me amais,
porque muy postrada estoy:
permitidme dedicar
esta noche á la oración
para que mi corazón
venga Dios á confortar.»

Azagra condescendió,
é Isabel se fué á orar
á la virgen, y á llorar,
y Azagra se recogió.
Diego volvió de la guerra
al quinto año, al mismo día
como prometido había
al marcharse de su tierra.
Cuando sus padres le vieron
tiernamente le abrazaron,
pues muchos días pasaron
que por muerto le tuvieron.
Como D. Diego observara
en ellos cierto pesar
quiso al momento apear
lo que aquello motivara;
y cuando el padre le dijo
que Isabel casada estaba,
con tal noticia pensaba
haber perdido á su hijo.
Como si un rayo le hiriera
quedóse petrificado,
aturdido, anonadado
porque nunca tal creyera.
Vuelto en sí de su estupor
lloró tan amargamente
que al verle tan solamente
causaba terrible horror.
Por fin un tanto calmado
en apariencia el dolor,
pide al padre por favor
estar solo y retirado;
y apenas condescendió
D. Martín del hijo al ruego,
cuando á la calle D. Diego
al instante se largó.
Corre de Azagra á la casa
más que centella veloz,
llevando un volcán atroz
en el pecho que le abrasa;
y sin que nadie le viera
se cuela precipitado
de mil ansias acosado
á do amor le condujera.
En un cuarto donde brilla
trémula luz de una vela,
de puntilla y con cautela
se introduce el de Marcilla.
Azagra estaba dormido,
Isabel en oración
y con tanta devoción
que Marcilla no fué oído;
mas este tan conmovido
estaba y fuera de sí
que un rapto de frenesí
le arrancó un triste gemido.
Mira Isabel azorada,
y á su lado ve un guerrero
que le dice «Isabel, muero,
de ti viene la estocada.
Hágate feliz el cielo
pues yo no puedo serlo,
si un día llegué á creerlo
hoy sólo morir anhelo.
Adios... Isabel... Adios...»
Y sin poder acabar
vióle Isabel aspirar:
entonces un grito atroz
dió Isabel que despertó
á Azagra despavorido,
quien en un sillón tendido
un cadáver encontró.
Tal fué el terrible delirio
que le cogió á Isabel,
tan horrendo y tan cruel
de su pecho era el martirio,
que cayendo sin sentido
en el suelo así exclamó:
no me culpes... Diego... yo...
por... ti... sólo... he vivi...do!»
De las campanas al vuelo
al otro día en Teruel
de D. Diego y de Isabel
llamaban al triste duelo.
En magnífico panteón
fueron los dos enterrados,
y en Teruel visitados
por los viajeros son.
Esto en compendido es la historia
descrita por pluma fiel;
tenga Dios en santa gloria
los Amantes de Teruel.

FIN

(Es propiedad)

Imps. Hospital, 19 «El Abanico»